

Nacionalismo y cosmopolitismo
en la literatura argentina

* * *

Editorial Municipal de Rosario

Gramuglio, María Teresa
Nacionalismo y cosmopolitismo : en la literatura argentina . - 1a ed. -
Rosario : Municipal de Rosario, 2013.

400 p. ; 23x17 cm.

ISBN 978-987-1912-09-4

1. Estudios Literarios. 2. Literatura Comparada. I. Título
CDD 807



Municipalidad de Rosario
Secretaría de Cultura y Educación

Año 2013

© María Teresa Gramuglio

:e(m)r;

© Editorial Municipal de Rosario
Av. Aristóbulo del Valle y Callao (S2000AAI)
Rosario, Santa Fe, Argentina.
emr@rosario.gov.ar / www.rosariocultura.gob.ar/emr



Este libro fue realizado con el apoyo del
Programa Espacio Santafesino / Estímulo a la
producción Editorial del Ministerio de Innovación
y Cultura de la Provincia de Santa Fe.

Edición: D. G. Helder
Diseño: Alonso

Edición de 1.000 ejemplares.
Interior: papel bookcel 80 grs.
Tapa: cartulina 200 grs.
Títulos: tipografía Asap.

Queda hecho el depósito
que marca la ley 11.723
Reservados todos los derechos

ISBN 978-987-1912-09-4

CUIT 30-99900315-6
Impreso en la Argentina

NACIONALISMO Y COSMOPOLITISMO

en la literatura argentina

María Teresa Gramuglio

La lectora moderna

Apuntes para una biografía intelectual

por Judith Podlubne

En una carta fechada en agosto de 1987, María Teresa Gramuglio alude al proyecto de reunir sus notas escritas como “ese libro imposible”.¹ El libro en cuestión responde a una sugerencia de Beatriz Sarlo. Como algunos otros colegas, discípulos y editores lo harán tiempo después a medida que su producción se acrecienta, Sarlo le propone que compile los artículos que publicó en *Punto de Vista*. Igual que en las ocasiones posteriores, Gramuglio, que no escribió aún muchos de sus textos más representativos, atiende a la sugerencia sin llegar a concretarla. Es probable que los motivos que interfirieron las distintas realizaciones hayan ido variando con las propuestas que se le presentaron. Lo cierto es que, antes de la segunda mitad de los ochenta, una compilación de estas características habría resultado algo apresurada y en el 87, cuando Sarlo la vislumbró oportuna, Gramuglio ya la concebía como un libro imposible. En mayor o en menor grado, un libro siempre nos vuelve legibles para los demás y desconocidos para nosotros mismos. Esta sensación puede haber contribuido para que junto con el proyecto naciera la disyuntiva que lo mantendría en suspenso hasta hoy.

Resulta curioso advertir además que en ese momento también parecían estar dadas las condiciones para que Gramuglio proyectara otra clase de libro, un volumen temático sobre alguna de las cuestiones que había desarrollado. Empezaban a cumplirse sus exigencias de publicar un libro sólo si había algo nuevo que decir, y sin embargo no había señales de que lo percibiera. Por un lado, su investigación sobre la revista *Sur* disputaba las interpretaciones establecidas por el nacionalismo popular y sus continuadores de izquierda, incluido el grupo *Contorno*, y transformaría de modo radical los estudios sobre el tema. Por otro, se encontraba definida su hipótesis central en torno a la “imagen de escritor”, a partir de la que en adelante indagaría los proyectos narrativos de tantos autores. Entre las múltiples razones que deben de haber incidido para que Gramuglio no aventurara la posibilidad del libro o la desestimara apenas surgía, habría que considerar, tal vez entre las más decisivas, el modo en que se gestó y desarrolló su relación con la escritura.

1. Carta a Martín Prieto, Buenos Aires, 18 de agosto de 1987.

Ahora me doy cuenta de que siempre escribí o porque me pedían algo específico o porque había enseñado algo. Todo lo que escribí siempre tuvo que ver con circunstancias. No había proyecto de escritura, sino que daba un curso, enseñaba un autor o un tema, dictaba un seminario y entonces con lo que había preparado para esas clases, con esas notas, armaba lo que escribía.²

Así sucedieron las cosas desde el comienzo. Salvo la monografía titulada “Del conventillo a la villa miseria”, que le entregó a David Viñas³ para aprobar el seminario final de la carrera de Letras en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre de la Universidad Nacional del Litoral,⁴ de la que no guarda copia, Gramuglio no empezó a escribir sino hasta que empezó a enseñar. La escritura estuvo siempre ligada a demandas concretas y específicas. La idea del libro, un plan a mediano plazo, necesitaba por tanto de un requerimiento sostenido y de interlocutores que la acompañaran. Sola, en sí misma, la idea se desplazaba, se inhibía, y el libro se convertía en un libro imposible.

La situación suele ser bastante habitual entre los críticos académicos, para quienes la demanda, personal o institucional, impulsa el deseo de escritura. No es raro escuchar lo que dice Gramuglio: “Me cuesta decidirme a escribir algo. Siempre escribo a pedido: tenés que hacer esto, por qué no hacés lo otro, o hay un congreso... No tengo la pulsión de escribir. Más bien cuando tengo que escribir algo lo siento como una gran obligación”. Sin embargo, una diferencia significativa en su caso es

2. Entrevista realizada a María Teresa Gramuglio, en colaboración con Martín Prieto, en diciembre de 2012. De aquí en adelante, las citas en que no se consigna una fuente específica pertenecen a esta entrevista.

3. David Viñas comenzó a dictar clases en Rosario en 1957, cuando se lo designa como profesor interino de Introducción a la Literatura y de Literatura Argentina (la cátedra que desde noviembre de 1958 asumirá Adolfo Prieto). De enero a octubre de 1961, está a cargo de un seminario titulado “Literatura argentina y realidad política”. En 1963 vuelve a dictar un seminario titulado “Situación actual de la novela argentina”. De marzo de 1964 a enero de 1965 reemplaza a Adolfo Prieto en Literatura Argentina I, mientras éste se toma licencia en la materia debido a sus funciones en el decanato. También en 1965 da el seminario “Dos actitudes en la narrativa argentina: Arlt y Cortázar”. (Toda la información relativa a la planta docente de la facultad procede de los registros académicos de la institución. Mi agradecimiento a las autoridades que posibilitaron la consulta: al Prof. José Goity, Decano actual, a Graciela Hernández, Secretaria administrativa, y a Felicitas Santone.)

4. La sede de la Universidad Nacional del Litoral (UNL) funcionaba en la ciudad de Santa Fe, pero la carrera de Letras, junto con otras, se dictaba en Rosario. La Universidad Nacional de Rosario (UNR) se creó a fines de 1968. La Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre cambió luego su nombre por el de Facultad de Filosofía hasta que, en junio de 1979, adquirió el actual de Facultad de Humanidades y Artes.

que la ocasión para la escritura encontrara, en su período de formación y tiempo después, ámbitos tan excepcionales como la carrera de Letras de Rosario en los años de Adolfo Prieto —Prieto fue decano de la facultad entre 1963 y 1965 y director de la carrera de 1959 a 1963 y de 1965 a 1966— y las primeras décadas de la revista *Punto de Vista*, fundada por Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano y Ricardo Piglia en marzo de 1978. Si algún rasgo en común puede establecerse entre estos espacios tan distintos, es el hecho de haberse visto atravesados por una potencia transformadora, resistente a la institucionalización constitutiva de un ámbito académico como la carrera de Letras e inevitable en una formación cultural de las características de *Punto de Vista*. Esa resistencia a lo instituyente desde adentro de las instituciones definió para Gramuglio la modalidad del ejercicio crítico. Un modo marcado por la tensión con lo establecido, que supo hacer del disenso un principio constructor.

“Estas chicas que estudian”

De no ser por un par de detalles que su relato recupera de modo discreto, como al pasar, la infancia de Gramuglio habría resultado convencional. Nacida en la ciudad de Rosario el 13 de noviembre de 1939, se crió en una familia de clase media baja y cursó sus estudios primarios en la escuela N° 115 Provincia de Salta, del barrio Echesortu, ubicada a la vuelta de la casa natal de calle Montevideo 3445, en la que vivió hasta su juventud y en la que se hospedaba hasta hace unos meses cada vez que regresaba a la ciudad. A comienzos del siglo XX, Echesortu era un barrio de sectores medios y populares, en su mayoría descendientes de italianos y españoles, comerciantes y empleados del ferrocarril y de las líneas de tranvías que se habilitaron con la creación de la Estación Rosario Oeste en 1946. La escuela pública N° 115 recibía a los niños del barrio, algunos muy pobres que, según recuerda Gramuglio, “usaban zapatillas Pampero”, y otros no tanto, que “llevaban zapatos Carlitos”. Ella estaba entre los últimos. Sus padres, hijos de inmigrantes sicilianos, trabajaron siempre en relación de dependencia. El padre, que había empezado a estudiar Ciencias Económicas y tuvo que abandonar al poco tiempo debido a la muerte repentina de los abuelos que lo tenían a su cargo, se empleó desde muy joven en la Sociedad de Electricidad de Rosario, donde hizo toda su carrera laboral. La madre se desempeñó como maestra de labores en escuelas de artes y oficios para mujeres. La actividad intelectual no tenía una presencia destacada en la casa, pero tampoco estaba del todo ausente. Los recuerdos de Gramuglio recrean un ambiente familiar muy dispuesto a estimular la curiosidad que ella manifiesta desde pequeña. Antes de ingresar a la escuela, el padre le enseña las primeras letras con las páginas del diario *La Capital* y este aprendizaje,

que despierta su apetito infantil por la lectura, le garantiza años de aburrimiento escolar. Las primeras lecturas se suceden de un modo casual y desordenado, según lo que va encontrando a mano o le acercan los mayores. A los viejos libros escolares del padre, entre los que figuran las memorias de infancia de Carlos Octavio Bunge y una biografía de Ricardo Gutiérrez, le siguen cuentos tradicionales como *Simbad, el marino*, *Las tres princesas*, algunas historias de detectives, las historietas de la época, *Patoruzú* y *Patoruzito*, y la revista *Billiken*. Un libro con un gato erizado en la tapa se despegaba de ese universo mezclado en la memoria de Gramuglio. Es una recopilación de cuentos de Edgar Allan Poe que le trae el padre y que incluye “El gato negro”. Como para tantos niños de su generación, la colección *El tesoro de la juventud*, editada por Jackson Inc. en la primera mitad del siglo XX, funcionó como una suerte de biblioteca total en la que se condensaban las mejores historias y escenas de la literatura universal. El padre compró usada la edición *de luxe* que incluía la pequeña estantería de madera *ad hoc* y se las regaló a sus dos hijas. Esa biblioteca compensó la falta de orientación en las lecturas de María Teresa y María Esmeralda. La colección se conservó completa en la casa de calle Montevideo y sus efectos se proyectan hasta la actualidad. “Hace unos meses estaba leyendo una novela de Victor Hugo y encuentro una escena que yo había leído de chica. Ya había leído ahí *El paraíso perdido* de Milton. Miles de cosas las leía allí, muchas traducciones de poesía.” Para sus tías abuelas, María Teresa y María Esmeralda se convertirían muy temprano, al decir desconfiado de la tía Catalina, en “estas chicas que estudian”.

El ingreso al secundario en 1952 implicó una serie de cambios que se hicieron sentir. La salida de la escuela del barrio para entrar al Superior de Comercio, un colegio tradicional, céntrico y dependiente de la universidad, le provocó una sensación de desconcierto y desajuste social, que demoró en resolverse. Le costó mucho adaptarse a ese nuevo ambiente del Superior en el que los alumnos se cruzaban con los del Colegio Inglés y del Americano, y las fiestas de quince y las graduaciones se hacían en el Jockey Club. De a poco abandonó el pelo recogido, las medias de muselina y los zapatos abotinados que su madre le había comprado. A la incomodidad social se le sumó un malestar más persistente que transfiguró el aburrimiento de los años de primaria en un sentimiento opresivo: “Para mí, la escuela era una cárcel. Siempre me sentí muy reprimida”. Sin ser la causa más relevante, el peronismo, conjetura Gramuglio, debe haber aportado lo suyo con sus lecturas obligatorias. Era hija de una familia simpatizante del Partido Demócrata Progresista, contrario al gobierno.

A pesar de su orientación contable —el Superior de Comercio fue una opción inducida por su padre, ex alumno—, la escuela incrementó la avidez de Gramuglio por la lectura. El recuerdo del tedio que le producían las materias especializadas como

Práctica Procesal, Derecho Comercial, Legislación Fiscal, no eclipsó la memoria de algunos hallazgos literarios importantes. En los primeros años, cuando ya había leído el *Martín Fierro* de José Hernández y recitaba de memoria el *Santos Vega* de Rafael Obligado, una profesora de lengua, a cargo de Idioma Nacional, le dio a leer el *Fausto* de Estanislao del Campo. El humor del poema la deslumbró: no todo era lamento en la poesía gauchesca. Pero el descubrimiento más importante de esta etapa fue el de la literatura española, con la profesora Elena Carrero del Mármol. El contacto con algunos clásicos como el *Mío Cid*, el *Libro del buen amor*, los poemas de Federico García Lorca, la pusieron en aviso de que, además de libros, existía algo que se llamaba “literatura”. Cuando se recibió, Gramuglio le pidió a su tía Teresa que, en lugar de los presentes habituales, le regalara dinero para libros. Se compró muchos, entre los que recuerda especialmente una Biblia en castellano, la antigua versión de Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano de Valera, y *El Capital* de Karl Marx, en la edición de Tor, cuyo espesor no superaba el centímetro. A la “Gaita” Carrero del Mármol, que pocos años después sería secretaria del Instituto de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNL durante el decanato de Adolfo Prieto, Gramuglio le debe en buena medida la decisión de haber estudiado Filosofía y Letras, como se decía en ese momento.

Letras no resultó para Gramuglio una alternativa evidente. Dudó mucho sobre qué carrera seguir y no se sintió especialmente convocada por la literatura. En los últimos años del secundario se había interesado por la merceología y la química y vacilaba entre Letras y Bioquímica. No sólo la recomendación de Carrero del Mármol la rescató del error —la vez que se la encontró en la vereda de la facultad y le advirtió: “No, qué Bioquímica, métase acá que esto a usted le va a gustar”—, sino que, junto a esta advertencia, incidió también una pretensión adolescente, candorosa, en la que resonaban algunas ansias infantiles, como leer la Biblia en griego.

En la Galería Rosario, había un local de venta de biblias, que estaba en un ángulo, y allí ponían en la vidriera todas las biblias en todas las lenguas, incluso en griego. Yo, que no tenía idea de cuál era el idioma originario de la Biblia, ni todo lo que pasaba con las traducciones, ni siquiera pensaba en la Biblia en latín, miraba la Biblia en griego y me decía: si yo estudiara Letras, podría leer la Biblia en griego. Me fascinaba eso: los caracteres, pero de un modo absolutamente ignorante.

Por la pregnancia material con que le vuelve a la memoria y el entusiasmo con que la cuenta, la anécdota recupera una anterior en la que la curiosidad infantil por las palabras desconocidas decide sus primeros encuentros con la lectura.